

llora con los que lloran y se alegra con los que se alegran, pues el alma se regocija al ver que mis siervos honran y glorifican mi santo nombre.»—Y díjola así mismo:—«Esta pena *inaflitiva*, nacida de los ultrajes que recibo y de los infortunios de los prójimos, fúndase en una caridad muy abrasada, y sirve al alma de pasto espiritual de exquisito sabor. Y hasta se regocija y salta de contento con semejante pena, pues es una prueba convincentísima de que estoy con ella por medio de una gracia muy especial (1).»

Hé aquí explicado por qué los Santos á quienes les fué dado el don de lágrimas tenían su alma inundada de un gozo y alegría espiritual incomparables. Dice el antiguo biógrafo de San Juan Clímaco, que no hay palabras con que encarecer los maravillosos efectos que el don de lágrimas producía en el alma de este siervo de Dios; y el mismo Santo, en el sétimo escalon de su *Escala de Perfeccion*, afirma—«que los que han recibido el don de lágrimas, pasan toda su vida en una fiesta y banquete espiritual.»—Ciertamente no existe ni sombra de amargura en las lágrimas de aquellos que de veras aman á Dios: ¿ni qué otra cosa puede haber sino contentamiento, y dulzura, y alegría, en lágrimas que son un don singular de Aquél que es el amor y júbilo, como le llama San Agustín, del Padre y del Hijo?

(1) Cap. 95.

SECCION III.

Ejemplos del amor de compasion.

Pero á fin de esclarecer más este asunto, voy ahora á presentaros, tomándolos de los mismos Santos, algunos ejemplos de este dolor de los pecados, que tanto ofenden á la gloria divina. Nuestro Dios y Señor se dignó revelar á la misma Santa Catalina lo que sigue.—«Estoy sumamente complacido, hija mia muy amada, por el deseo que tienes de sufrir toda suerte de penas, trabajos y hasta la muerte misma por la salvacion de las almas. Cuanto más sufre una persona, tanto más muestra el amor que me profesa: y amándome, conoce mejor mi verdad; y cuanto más me conoce, mayor y más vivo es su dolor por las ofensas que recibo. Tú me pedías que cargase sobre tus hombros todos los castigos que merecen los pecados que se cometen en todo el mundo, pero no considerabas que al pedirme eso, me pedías al mismo tiempo amor, luz y conocimiento de la verdad; pues, como ya te he dicho, cuanto mayor es el amor, mayor es la pena; y así, á medida que crece el amor, igualmente crece la afliccion (1).»—Meditando un dia Santa Maria Magdalena de Pazzis sobre aquellas palabras del Evangelio, *Salió sangre y agua*, cayó en un éx-

(1) Dial. cap. V.

tasis, y «vió, dice su confesor, una gran muchedumbre de almas en el costado de Jesus resplandecientes como las perlas en una corona real, y exclamó: *Así nuestras almas embellecidas y hermoseedas con la sangre, trasfórmense en riquísima corona del Verbo por la manifestacion que de Él hacen antes que el resto de la creacion, gloriándose el Verbo en ellas como se gloria un rey en su corona real.* Vió asimismo penetrar á las almas en la cavidad amorosa del costado, expresando dos efectos: trasformábanse primeramente en sangre por el amor, y despues en agua por el dolor. *Deléitase más Dios, al ménos en esta vida, en el alma que se transforma por el dolor, que en aquella que se transforma por el amor. Sin embargo, conozco ¡oh Verbo divino! que el dolor que el alma siente viéndote ultrajado, sólo puede nacer del amor que te profesa, que en sí mismo es más perfecto que el dolor; pero por el dolor llega á ejercitarse mejor el alma en el amor de su prójimo, porque el celo de su salvacion obra en ella de una manera más viva y eficaz. Hay todavia otra razon para que en esta vida sea más agradable á Dios el ejercicio del dolor que el del amor: el primero es una especie de martirio en virtud del cual se asemejan las almas á Jesus pendiente en la Cruz; cuyo dolor es una tierna compasion por la grandeza de sus tormentos, y una especie de lágrimas por su pasion amorosa; y cuando dicho pesar se transforma en afliccion, purifica el alma de*

todos sus pecados. El amor es ciertamente más gustoso y deleitable; pero como estamos en este mundo para purificarnos, de ahí es que nuestra vida mortal sea más bien tiempo de sufrir y padecer por amor de nuestro Dios y Señor. Esta es la causa de que Él reciba mayor complacencia en el dolor que en el amor.»

—En otra ocasion, despues que la Santa hubo comulgado, díjola que debía gemir como tortolilla, compadeciéndole porque era tan poco conocido y amado de sus criaturas.

Tal es, efectivamente, el verdadero oficio que las monjas tienen que llenar en la Iglesia de Dios. No hay ninguna, por muy ocupada que esté en la educacion ú otras obras exteriores, sobre la que no pese este sagrado deber, en el mero hecho de su profesion religiosa. Cierta número de doncellas amables y piadosas que viven juntas en paz y armonía cumpliendo la rutina diaria de los ejercicios prescritos por la regla y empleadas en la educacion de la juventud sin ningun reconocimiento de un fin sobrenatural, y privadas de todo sentimiento práctico de que están ligadas á Jesus con lazos más estrechos que el resto de las gentes, no son monjas, por más que lo parezcan en los hábitos que visten y por respetables que sean sus personas. Es ciertamente una delicia que tengan las doncellas un asilo donde vivir alejadas del mundo, y libres de tantas vanidades y tentaciones como en él reinan; pero semejantes retiros no son

conventos. Los conventos son lugares enteramente diferentes; y una señorita, por el hecho de retirarse del mundo, no es una esposa mística de Jesucristo. El voto de pobreza, ya que no otra cosa, da á las religiosas un carácter expiatorio; preciso es, pues, que giman como tortolillas. Más bien que ellas, es Jesus quien por amor suyo se retira de este mundo perverso, para ampararse y morar en el claustro de sus corazones; por esta razon el espíritu de las religiosas debe ser un espíritu de su afliccion amorosa, de dulce reparacion y santa languidez por los ultrajes de su celestial Esposo: se han casado con sus intereses; y es preciso que giman con Él, y con Él se alegren. Jesus las ha confiado su gloria santísima para que cuiden de ella con todo el esmero posible: el mundo es su cruz; menester es, pues, que la lleven. Ni deben ser indiferentes á los pecados del siglo, pues si viven retiradas es para llorarlos. Jamás, donde falte este espíritu, se encontrará el camino soberano de la mortificación, ni las dichas alturas de la contemplacion, ni la atmósfera pavorosa, pero alegre y refrigerante, de la verdadera vida sobrenatural. Ni la época, ni el país, ni las ocupaciones pueden dispensar á las esposas de Jesucristo de su oficio de tórtolas del Sagrado Corazon de Jesus: tienen que realizar con un espíritu constante de reparacion y de oblacion los sentimientos que fueron habituales al Beato Pablo de la Cruz. Lamentábase este siervo de

Dios, y deploraba con lágrimas amargas la ingratitude de los hombres, que tan mal correspondian á la infinita bondad de Dios, y solía repetir:—« ¡Cómo! ¡un Dios hecho hombre! ¡un Dios crucificado! ¡un Dios muerto! ¡un Dios oculto bajo las especies sacramentales! ¿Quién?... ¡un Dios!» Y luego que permanecía silencioso un breve rato en una especie de estupor extático, volvía de nuevo á exclamar: « ¡Oh abrasada caridad! ¡Oh exceso de amor! ¿Quién y por quién? ¡Oh criaturas ingratas! ¿Cómo es que no amais á Dios? ¡Ojala me fuese posible encender todo el mundo con el fuego del divino amor! ¡Ah! ¡si yo tuviese fuerzas bastantes para salir á predicar á campo raso á mi buen Padre espirando en la Cruz por nosotros pecadores!

Si, pues, este es el verdadero oficio de las monjas, preciso es que no lo pierdan jamas de vista; si tienen un carácter expiatorio, no hay duda que éste ha de ser el objeto principal de su profesion. El buen éxito de las escuelas y el número de sus novicias, y la arquitectura de sus conventos, y las exenciones de sus obispos respectivos, son para una religiosa asuntos muy secundarios: el principal blanco suyo es ver cómo agradan á su celestial Esposo, y gemir y llorar con su Majestad ultrajada. El egoismo en todos es odioso, pero en las religiosas es una especie de sacrilegio. El espíritu de los conventos es un espíritu de santa timidez, un espíritu de temor hechicero y en-

cantador que está sin cesar suspirando por subir á la cumbre de la verdadera vocacion, que en su humildad créese muy léjos de haber conseguido. Si á una de esas almas puras la fuese dado ver de repente todos los deberes á que se ha obligado con su profesion religiosa, quizá no podría sin milagro soportar la vision, y vivir. Así sucede en aquellas deliciosas moradas, donde todo respira virtud, mortificacion, abatimiento, dulce reposo y celestial santidad; donde hasta el aire mismo condena los pensamientos de soberbia y de las que sacamos una preciosa desestima de nosotros mismos, sin la amargura de un tedio enojoso y estéril.

En la vida de Santa María Magdalena de Pazzis se nos ofrece una prueba todavía más decisiva del poder que ejerce sobre el Sagrado Corazon de Jesus esta práctica de dolerse de los pecados ajenos; y por cierto que nos procura tesoros tan ricos y abundantes de dulces y suaves consolaciones, é infunde en el ánimo un esfuerzo tan grande, que es imposible no determinarnos á seguir, aunque á lo léjos, los pasos de la Santa en el dolor por los pecados de nuestros hermanos. Cuando ésta era una niña de sólo doce años, oyó á una persona injuriar á otra hasta el punto de cometer pecado. Quedó la Santa tan horrorizada de semejante ofensa contra Dios, que no pudo descansar en toda la noche, gimiendo y llorando por el ultraje hecho á la divina Majestad. Pasáronse diez y

ocho años, y ya María probablemente había olvidado de todo punto dicha accion culpable, cuando he aquí que Dios se dignó revelarla, que á consecuencia del acto de sentimiento que concibió por la culpa ajena, la tenía preparada una singularísima gloria, que la representó bajo la figura de un riquísimo vestido de grana. Quien no olvida el vaso de agua fria que se da en su nombre, ménos podrá olvidar esos actos interiores de amoroso pesar. ¡Qué tesoro tan rico se nos reserva en semejante devocion, con sólo que nuestro amor procure aprovechar las ocasiones que se le vayan ofreciendo!

De San Francisco de Asís cuenta San Buenaventura, que llenaba los bosques con sus lamentos, y que por todas partes iba derramando abundantes lágrimas y dándose golpes de pecho, hablando unas veces con Dios, y prorumpiendo otras en gritos amargos para obtener misericordia y perdon por el pecado.—«Pero cuando contemplaba á las almas, prosigue el Doctor seráfico, redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo manchadas con la culpa, gemía por ellas con una ternura compasiva, que semejante á una madre, no parecía sino que todos los días estaba dándolas á luz en Jesucristo.»—La gloria de Dios, los intereses de Jesus y el amor de las almas hallábanse confundidos é identificados en un solo motivo en el corazon del glorioso Patriarca de Asís; comenzaba con uno y acababa con el otro, porque con toda

verdad puede decirse de ellos sin faltar á la reverencia del sagrado texto: «*Y estos tres son uno.*»

«Aquel, dice San Lorenzo Justiniano, Patriarca de Venecia (1), que se duele verdaderamente de sus culpas, no puede menos de lamentar las de sus prójimos. Un miembro sano del cuerpo que no ayuda á los otros cuando están enfermos, ocupa inútilmente su lugar. Pues de la misma manera, aquellos miembros de la Iglesia que, viendo el pecado de sus hermanos, no le lloran, ni se compadecen de la perdición de sus almas, son miembros que están demas. Cuando nuestro Redentor lloró sobre la Ciudad que iba á ser destruida, considerábala doblemente digna de compasion, porque no conocía su estado deplorable; por consiguiente, todos cuantos conserven todavía viva la llama del divino amor, no podrán menos de lamentarse de las culpas ajenas como si fuesen suyas propias. Pero ninguno puede debidamente deplorar los pecados de otros, si descuida los suyos con faltas voluntarias. Quien quiera, pues, llorar las caídas de los demas, preciso es que se abstenga de pecar deliberadamente.»—«Condolémonos, decía San Agustín, de los pecados de nuestros hermanos, aflígenlos sus culpas y traspasan nuestro corazon (2).»—San Juan Crisóstomo afirma que Dios escogió á Moises

(1) Fascic. cap. XIV.

(2) Serm. 44.

para caudillo de su pueblo, porque tenía la piadosa costumbre de condolerse de las culpas de sus prójimos.»—«Aquel que se lamenta de los pecados de un hermano suyo, añade el mismo santo Doctor, abriga en su corazon la ternura de un apóstol, y es imitador del glorioso San Pablo, que decía: *¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿quién se escandaliza, y no me abraso?*»—«¿Quién nose indigna, exclama San Agustín, viendo á los hombres renunciar al mundo de palabra y nó de obra? ¿Quién no se indigna al ver á los hermanos poniendo asechanzas á sus hermanos, y faltando á la fe que se han jurado en los Sacramentos de Dios? ¿Quién es capaz de enumerar todos los pecados con que provocan los hombres el cuerpo de Cristo, que vive interiormente en el espíritu de Cristo y gime como el grano de trigo en la era? Apenas nos es posible ver á aquellos que así gimen, que así se indignan con las culpas de los demas, porque nó bien aparece algun grano, cuando es barrida la era. Por no ver á nadie así indignado, decía el profeta Rey: *El celo de tu casa me ha devorado*; y en otro lugar, como viese á muchos cometiendo pecados, exclamaba: *Un tedio santo se ha apoderado de mí, á causa de los malvados que abandonan tu ley*; vi, añade en otra parte, *á los insensatos, y me consumía de dolor* (1).»

Con el mismo objeto cita Lancisio á San Croma-

(1) In Psalm. XXX.

cio de Aquileya, á quien apellida San Jerónimo, varon santísimo y sapientísimo.—«¿Deseáis saber, dice, qué es lo que se asemeja al dolor piadoso y amorosa afliccion de los Santos? Cuéntase del profeta Samuel que lloró por el rey Saul hasta el día de su muerte. Lamentábase asimismo Jeremías de los pecados de su pueblo: *Mis ojos, exclama, han derramado torrentes de lágrimas por la contricion de mi pueblo*; y en otra parte añade: *¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas!* Igual afliccion y angustia sentía Daniel por los pecados del pueblo, como él mismo lo testifica diciendo: *En aquellos días, yo Daniel, lloré por espacio de tres semanas. No comí pan delicado ni exquisito; no entró en mi boca carne ni vino, ni tampoco me perfumé con ungüento*. No menor pesadumbre tenía el Apóstol por algunos de los Corintios cuando escribía: *No sea que cuando vaya me humille Dios otra vez entre vosotros, y llore á muchos de aquellos que ántes pecaron y no hicieron penitencia*. Tal es el dolor que recompensa el Señor con una consolacion de perpétua alegría, segun asegura Isaías: *Pondré á los que lloran de Sion una corona en vez de ceniza, óleo de gozo por llanto, y ropaje de alabanza, en lugar del espíritu de afliccion* (1).»

¿Hemos meditado nosotros detenidamente acerca de este importantísimo asunto? Vivimos en un siglo

(1) Ap. Lancis., II. 22.

donde á cada paso estamos presenciando las ofensas que se cometen contra Dios; á todas horas vemos perecer innumerables almas por falta de fe; óyense por todas partes horribles blasfemias; *las verdades disminuyen entre los hijos de los hombres*. ¿Afligennos semejantes desgracias? ¿sentimoslas como si fuesen calamidades personales? ¿ó nos encerramos, por el contrario, dentro de nosotros mismos, dando gracias á Dios porque al ménos nosotros tenemos la dicha de gozar de la verdadera fe y de los Sacramentos de vida no considerando á los demás sino como á una raza proscripta que bajo ningun concepto nos interesa? Si no tuviérais obligacion alguna para con el alma de vuestros hermanos, lo cual no es así, pues Jesucristo derramó por ellos su preciosísima sangre igualmente que por vosotros, la tendríais, á lo ménos, para con la gloria divina. ¿Y podréis persuadiros que profesais á Dios un verdadero amor, no sintiendo vivamente las ofensas y ultrajes con que las criaturas mancillan esa gloria soberana? Mas no vayais á creer que al expresarme de esta suerte trate yo de reconveniros. ¡Libreme Dios de semejante intencion! ¿Cómo podía proponerme tal cosa, viendo el celo y fervor con que correspondéis todos vosotros al espíritu de la Confraternidad? Mi ánimo, al hablar así, tiene por único objeto aficionaros hacia una devocion que indudablemente cultivará y acrecentará más y más cada día en vuestra alma ese dulce y suave espíritu. Oigamos lo

que Dios se dignó revelar á Santa Catalina de Sena (1):—«Razon es, hija mia que tu corazon esté lleno de amargura á vista de las ofensas con que continuamente me ultrajan los hombres, y que te compadezcas de la ignorancia culpable con que me injurian gravemente y pierden sus almas. Acepto gustoso esos afectos tuyos, y deseo que prosigas ejercitándote en tan dulce devocion.»—Veamos tambien cuál era el sentir de la Beata Ángela de Foligno acerca de la misma materia. Antes de su muerte hizo una especie de testamento piadoso, en que legaba ciertos avisos á sus hijas espirituales, y uno de ellos fué el siguiente: «Asegúroos, hijas mias, que ha recibido mi alma más mercedes de Dios cuando gemía y suspiraba por las culpas ajenas, que cuando lo hacía por las mias propias. Búrlase el mundo de lo que os digo, esto es, de que una persona pueda dolerse de los pecados de sus hermanos como de los suyos propios, y aún más que de los suyos, porque le parece una cosa contraria á la naturaleza; pero la caridad que así obra, no es de este mundo.»

Cuando San Ignacio se hallaba en Barcelona en casa de Juan Pascual, estando una noche en oracion, viósele elevado sobre el suelo, é iluminada toda la habitacion con el vivísimo resplandor que despedía su rostro. El glorioso Patriarca miéntras tanto no ce-

(1) Dial. cap. 23.

saba de repetir una y otra vez estas palabras:—¡ Oh Señor mio, Corazon mio, Amor mio! ¡ Oh si los hombres te conociesen, seguramente que jamás te ofenderian! » Cuéntase del P. Pedro Fabre, compañero de San Ignacio, que siempre estaba afligido y lleno de una tristeza y melancolía profundas á causa de los pecados del humano linaje. Segun afirma San Agustín (1)—«esta es la persecucion que tienen que sufrir todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo, conforme la verdadera y punzante sentencia del Apóstol. Y lo que causa en la vida de las personas virtuosas un sufrimiento más cruel que en la gente malvada es que se ven obligadas á lamentarse de las culpas de sus prójimos, que siempre tienen delante de sus ojos. En efecto, una persona relajada, si bien no obliga á la virtuosa á consentir en sus culpas, atormentala, sin embargo, con la aficcion y amargura que producen en su ánimo dichas ofensas.» En la vida de la Beata Clara de Montefalco se cuenta que apenas oía que alguno se hallaba en pecado mortal, volviase al punto al Crucifijo; y llorando inencontrable, y exhalando un profundo suspiro de lo más íntimo de su corazon, exclamaba:—«¿Luego por lo que hace á ese infeliz, todo cuanto mi Señor sufrió en favor suyo, todo está perdido?»—Y no pudiendo soportar tal pensamiento, postrábase en tierra, y

(1) Epíst. 141.

pedia con vivas ansias la conversion del pecador.

¡Oh si nos resolviésemos á hacer nuestras estas disposiciones! ¡si vivamente sintiésemos que el pecado es el único verdadero mal del mundo! ¡si el hambre y sed de la gloria divina consumiese y devorase nuestras entrañas! ¡Y cuán fácil cosa es abrigar semejantes sentimientos! Bástanos para ello determinarnos á pedirselos de todas maneras á nuestro Dios y Señor. ¿Qué otra cosa desea El con tan vivas ansias como ser amado, amado siempre, amado en todas partes? Y si le pedimos este amor ¿podrá por ventura rehusárnosle? ¿Cómo, pues, no reducimos todas nuestras oraciones á una sola, y le pedimos incesantemente más amor? ¿Pero qué medios tenemos, direis vosotros, para ejercitar este dolor por las culpas ajenas?

SECCION IV.

Medios de ejercitar el amor de compasion.

1.° En nuestras meditaciones procuremos ver cómo Dios ha de ser glorificado y servido por sus criaturas: representémonos luego sus infinitas perfecciones y atributos, su hermosura é inefable bondad: traigámonos asimismo á la memoria la obediencia perfecta con que se hace en el cielo su voluntad santísima: esforcémonos por unirnos á las disposiciones interiores del Sagrado Corazon de Jesus, del Inmaculado de

María, y á las de todas las gerarquías y coros angélicos: repasemos, en fin, y contemos uno por uno los beneficios que en su inefable amor ha derramado sobre sus criaturas, señaladamente en las cuatro grandes maravillas de su misericordia: Creacion, Encarnacion, Sagrada Eucaristía y Vision Beatífica. Una vez bien penetrados de todo esto, conocerémos lo que es realmente el pecado, cuán horrible cosa sea ofender á tan grande Majestad, y cuán vil y bajo ultrajar un amor tan incomparable. Apenas nos será entonces posible salir de casa y dedicarnos á nuestras ocupaciones diarias, sin encontrar alimento suficientísimo para el dolor por el pecado: á cada paso nos verémos como obligados á hacer actos de reparacion amorosa por la gloria de Dios ultrajada. El exceso del olvido de Dios llegará á asombrarnos más y más cada día; y á medida que crezca en nosotros el conocimiento de la bondad y ternura de la soberana Majestad divina, gravitará sobre nuestros hombros la pesada carga de la detestacion de la culpa con toda la fuerza espantosa de la novedad. Esa especie de pacto comun en cuya virtud desconocen los hombres á Dios, sus derechos, títulos é intereses, llegará á parecernos más abominable que los mismos actos manifestos de pecados: la vida será para nosotros una carga pesada y el mundo un lugar extraño é inhospitalario; un tedio santo se apoderará de nuestro espíritu, y no hallarémos reposo sino en el pensamiento dulce